

Cuentos concurso Historias de Barrio

Felipe Alejandro Álvarez Osorio

Universidad Andrés Bello

Premio del Jurado

"Última prueba"

Se acaba junio. El estruendo de un asesinato me congela. Siento como un cuerpo cae borracho, ido, estupefacto. Lo veo y me pregunto: ¿qué O'Higgins impidió tu ascenso? ¿Qué disparo interrumpió tu llegada a Til Til? La plaza Manuel Rodríguez se infecta de sangre y yo, desde un balcón desordenado, contemplo este gélido uroboros; la muerte siempre conmemora a los caídos.

Camila Veloso de la Hoz

Universidad Andrés Bello

Premio del Público

"21 pasos"

En algún lugar, entre Grajales y Sazié, lo vi por primera vez. Tenía el pelo negro, los ojos color café y el caminar despreocupado. Ese día yo estaba urgida intentando repasar materia a última hora, pero su figura me distraía. Supongo que envidiaba ese caminar despreocupado. Me lo volví a encontrar 3 días después, justo afuera del local que huele rico. Él estaba comiéndose el último pedazo de un completo junto a los chiquillos punk del barrio. Supongo que envidiaba el hecho de que tuviera amigos. No sé por qué me llamaba tanto la atención, nunca me agradaron mucho los de su tipo, pero siempre me quedaba mirándolo cuando pasaba. Un día me pareció escuchar que le dijeron "Jack", pero en mis audífonos sonaban los Beatles tan fuerte que no tenía seguridad. A veces, cuando estaba por quedarme dormida, me preguntaba cómo era realmente la vida de alguien como el Jack; si pasaba frío en invierno como yo, si dormía poco como yo y si era tan feliz como se mostraba siempre... era un misterio. Al final olvidé mis traumas, reuní el valor y decidí acercarme en plena plaza Manuel Rodríguez. Estaba tan nerviosa que me puse a tiritar, pero, sin pensarlo dos veces, caminé exactamente 21 pasos, le dije "hola" con voz idiota e intenté acariciarle la cabeza, sin embargo, él me respondió a ladridos, me mostró los dientes y me mordió la mano. Supongo que es verdad que los perros huelen el miedo.

María Alejandra Zúñiga Escudero

Universidad Andrés Bello

Mención Honrosa del Jurado

Manuel tiene muchos años. Tantos que ya no sabe cuántos son. Se asoma a la calle República desde la Alameda. Camina tan lento que un quiltro indiferente lo sobrepasa con facilidad. Su lentitud no le quita nerviosismo ni decisión. Sabe y quiere llegar hasta el final. La imagen de las rejas abiertas

del Club Hípico lo llena de ansiedad. Se lo dijeron con certeza de guillotina: Negro Lindo, es dato fijo para la Décima Carrera. Sólo sabe que tiene que llegar. Lo demás, cerrar los ojos y recordar cuando, haciendo la cimarra con sus amigos, jugaban pool en el local casi al lado de los bomberos. O cuando molestaban a esos viejos de cabeza cana que se asomaban del #40, donde funcionaba el Círculo Helénico. Ancianos griegos con aspecto de escultura o de marineros. Manuel vuelve a abrir los ojos, mientras sigue su camino. Sabe que es la última vez...

Francisca Reyes Méndez

Universidad Andrés Bello

Finalista

Juanito siempre está sentado esperando el sol en la esquina de Sazié con República. Acostumbra a conversar con los estudiantes, con el tío de la caseta de seguridad y compañeros de la calle.

El chaleco naranja fluorescente alerta su llegada al barrio desde el paseo General García. Es recibido con saludos y comida. Con gritos y desprecios. Pero no le importa, Juanito prefiere morder las ruedas de los autos y correr tras las bicicletas. Juanito es un perro feliz.

Diego Ignacio Jiménez

Universidad Andrés Bello

Finalista

Cada vez que la veo, me siento en casa. Es una triunfante bienvenida a mi universidad, al barrio de la sabiduría, el barrio República.

La pileta, ubicada en la entrada de la calle República, al lado de un pequeño kiosco, llena de armonía y paz la entrada con sus chorros de agua en cada estación del año. Es una guía, ayuda a encontrar a los perdidos y a reunir viejos amigos, es un lugar de risa y de distracción como también durante las noches una fiel acompañante a los desamparados.

Su forma de medio círculo rodeada de pequeñas estatuas con siluetas humanas, nos recuerda que la humanidad no se puede lograr individualmente, sino que con la ayuda de una base y con la empatía de poder conformar algo más grande con otros.

Daniela Monares Florez

Universidad Andrés Bello

Finalista

Estaba el niño barriendo las hojas secas del jardín interior de la casa de sus patrones, la familia Subercaseaux, ubicada en calle República, la casa era grande, de tres pisos de alto, blanca, con varias ventanas y varias habitaciones. Nada parecida a la suya ubicada simplemente a unas cuadras de esta. Sus padres eran artesanos y habían ayudado a mantener varios muebles traídos por el patrón de Inglaterra, al niño le parecían preciosos, pero en ninguna circunstancia se le permitía sentarse en

ellos, orden directa de su padre. El niño de tan solo ocho años barriendo este hermoso jardín, lleno de vida y colores, se preguntaba porque él no podía dormir en una de esas grandes habitaciones con camas que como él podía ver de lejos daban la sensación de una inalcanzable comodidad, además durante toda esa amplia avenida habían casas bastante parecidas a esa y lógicamente pensaba el muchacho- a más de una le sobraba alguna habitación que podían prestarle y no se compararía a su cama pequeña que debía compartir con sus tres hermanos. ¡Tan cerca y tan distintos!

El muchacho se sintió abrumado bajo estos pensamientos que tanto se parecían a los pretextos que su padre comentaba con su madre a la hora de la once. Luego vino a su encuentro el hijo menor de la familia Subercaseaux que le igualaba en edad preguntándole si se animaba a jugar rayuela con él, el muchacho dejando de lado estos pensamientos se fue emocionado a divertirse con su amigo.

Viviana Gallo Moya

Universidad Andrés Bello

Finalista

Voy paseando entre nubes, carritos, artículos electrónicos y centros de tortura. Que angosta la calzada donde surgen los enfrentamientos entre el pasado y el futuro, entre el papel y la tinta, entre la pancarta y la pantalla telefónica.

Me quedo mirando los arboles de antaño, los edificios viejos y desgastados, los recién ingresados a la universidad, todo eso voy mirando, pero al aparecer todo es tan igual, ese aire misterioso, el abuelo con su bastón y las mil palabras en su boca retratando ya nada es igual.

Bárbara Santana

Universidad Andrés Bello

Finalista

Con la llegada de los nuevos habitantes no solo se comienza a formar un barrio, también nuevos sueños, esperanzas y deseos de comenzar. Se empieza a llenar de hermosas casonas al puro estilo europeo, que demuestran tal elegancia y riqueza arquitectónica, ese encanto y alegría de la gente que con el pasar de los años no ha cambiado.

Caminando por la calle república lo primero que se me viene a la mente es ¿cuánta historia se guarda realmente dentro de esos muros?, ¿Cuántos amoríos prohibidos, reuniones secretas o cosas indebidas?

Lo que me hace pensar que al convivir la elite con otras clases sociales puede que haya habido uno que otro amor a lo Romeo y Julieta entre algunos, algo que correctamente no debía ser en aquellos tiempos.

Asimismo, no puedo dejar de lado esos amores correspondidos, esos que deben ser de una u otra forma, esos que después de encontrarlos te hacen darte cuenta de que debías recorrer un largo

camino para encontrar al correcto. Destacando una pareja actual, dos universitarios destinados a estar juntos, uno de ellos viniendo de la región más alejada de la capital y ella que desde muy pequeña tuvo que aprender a ganarse las cosas. Ambos eran de carreras distintas, ni siquiera ramos juntos les correspondía, pero sería justamente en uno de los pasillos de las edificaciones de república donde cruzarían miradas por primera vez y con eso bastaría para saber que solo se necesitarían el uno al otro para que todo estuviera bien.

Lucas Mansilla Baeza

Universidad Andrés Bello

Finalista

Jeremías se veía diariamente inspirado por su hermano de catorce años que jugaba fútbol en Unión Española. Todos los días este niño de cinco años jugaba en la PlayStation 4 unas tres horas de fútbol, en su colegio unas dos más (aunque solo con una botella por que prohibían todo tipo de pelotas), sin duda su pasaje, su balón y su amigo Willy, eran lo mejor del día, allí invertía largas tardes hasta que su madre lo llamara para entrarse. Pero todo cambio cuando su nuevo barrio fue República, aquí ya no había pasaje ni cancha para jugar al balón, tampoco existían niños para dar pases, hacer atajadas o patear tiros de esquina, de hecho, más allá del fútbol, simplemente los niños no se veían. A veces esas palabras suenan extrañas, ¿Cómo no se van a ver los niños? Pero son del todo ciertas. Los barrios de casco viejo poseen pocos niños, y en su inmensa mayoría estos niños se dirijan a la plaza Manuel Rodríguez casi exclusivamente a dos cosas; cazar pokemones y hacerse los grandes entre las multitudes de estudiantes universitarios que abundaban por la zona. Trágicamente Jeremías se quedó sin el fútbol diario, por suerte (quizás mala) le quedaba su PlayStation 4 y una visita mensual a ver los partidos y entrenamientos de su hermano. Jeremías tal vez es otro de esos que "pudo" haber sido de los grandes, pero lamentablemente la tecnología no siempre es lo más bueno. ¿Sera mala? ¿O ni siquiera es culpa de ella?

Bryan Flores Valencia

Universidad Andrés Bello

Finalista

“Calles desoladas”

Los lugares se encuentran en silencio, como si hubiera algún momento de paz al transitar por las calles con sus edificios de una época antañá y duradera en el tiempo, que nos permite imaginar la vida de las personas que vivieron y pasaron por los mismos lugares que hoy en día sonreímos y lloramos.

Las horas pasan y nuestros sentimientos fluctúan al pasar los segundos, los espacios de recreación que tenemos para vivir una tranquila tarde, también pueden cambiar como nosotros, por un simple maltrecho de los que vivimos y pasamos por allí, y es así como llegue a la conclusión, que somos lo que depende que este patrimonio siga con vida, es algo que podemos compartir con lo que creamos, nos transformamos en algo que nunca quisimos, para bien o para mal por las diferentes personas que pasan a través de nuestro camino.

El silencio continuo al salir, todos estaban caminando a través de un viento que soplaba con fuerza, como si estuviera apagando el sol para despedir el día. El camino se veía desolado con tanta gente, como si estuvieran con vendas en sus ojos al no percatarse de la gente a su lado. Los vendedores que se encuentran en las veredas sonríen y te ofrecen una parte de ellos mismos con su energía de cada semana, con su esfuerzo y serenidad para vivir con perseverancia hasta acabar la tarde.

Hay que apreciar lo que tenemos, recuerdos y memorias para encontrarnos en algún momento.